



“Pienso, luego insisto”

Ángel Velasco

“¿Y CÓMO VA LO MÍO?”

La semana pasada charlaba con un buen amigo y mejor persona. Un tipo integro y honesto entregado en cuerpo y alma desde ya hace muchos años a lo que él se refiere como “la lucha por la igualdad real” entre hombres y mujeres en temas de “familia”. Ya saben Uds: Todo aquello relacionado con el escabroso mundo de las separaciones o divorcios y todos lo que tristemente se deriva de éstos. Me refiero a asuntos tan delicados e importantes como las custodias de los hijos, la duración, el pago o el importe de las pensiones, denuncias de todo tipo, violencias varias (y hago énfasis en lo de “varias”), y otros más de similar importancia. “Mismos derechos y mismas obligaciones” para hombre y mujer o para padres y madres, si es el caso. Un objetivo que se antoja muy cabal en principio pero que la cruda realidad parece empeñada en demostrar lo contrario.

Hablaba yo de lo difícil que parece resultar a un hombre hoy en día hacerse oír en muchos casos relativos a estas materias de “familia” y todo ello a pesar de que los hombres - todos lo hombres, a lo que parece - seguimos aferrados a un “patriarcado” rancio, obsoleto y machista que oprime, humilla y denigra al sexo opuesto.

El origen de mi turbación con el asunto radicaba en que la constatación de diferentes injusticias que en estos asuntos de “familia” están sufriendo muchos hombres a nivel legislativo y judicial en este país y todo ello, paradójicamente, a pesar de las infinitas ventajas que supuestamente deberían tener derivadas de ese “Patriarcado” maquiavélico y opresor.

Mi amigo resulta ser “perro viejo” en estas lides. Una persona a la que el tiempo le ha proporcionado buenos contactos a nivel político, legal y también en muchos medios de comunicación. Un auténtico “veterano de guerra”, bien podríamos decir. Al escuchar mis dudas una expresión mezcla de comprensión y de resignación asomó a su rostro y a continuación me espetó una frase que me ha hecho pensar bastante. Pensar hasta el punto de llegar a escribir este artículo:

- *“Mira, Ángel, - Me dijo - Cada vez que me reúno con alguien relevante y le traslado lo mismo que me cuentas la respuesta siempre suele ser la misma: El hombre no tiene nada que hacer en estos temas. La guerra está perdida de antemano y en gran parte es culpa suya”.*

De esta instructiva conversación, con el paso de los días y tras darle no pocas vueltas al tema en cuestión, me llevé una serie de conclusiones (acertadas o no, Uds me dirán) que, aunque fastidie, me veo en la obligación de contarles:

Actualmente en este país terriblemente polarizado que es España, donde se promueve más la confrontación que el diálogo, donde se aplauden más los insultos que los argumentos y donde en no pocos casos la lucha por los legítimos derechos de la mujer parece que pasa por restar otros derechos igual de legítimos al hombre, cualquier intento por traer un mínimo de cordura y sensibilidad a nuestros políticos, legisladores y a una buena parte de la sociedad resulta tan inútil como desalentador.

La problemática de muchos hombres en materia de “familia” no vende periódicos ni rellena parrillas de programas de televisión y, aunque podría hacerlo, parece como si un censor de pelo engominado y bigotito fino de los tiempos del cine en

blanco y negro se empeñara en silenciarlos, ignorarlos y camuflarlos bajo la socorrida manta del susodicho patriarcado y de la maldad intrínseca que posee al género masculino.

Mientras tanto, las asociaciones feministas proliferan y se hacen oír bien alto integradas en la que podríamos denominar “Plataforma Feminista” y además con la inestimable ayuda del socorrido altavoz que les facilita el actual y polémico “Ministerio de Igualdad” (un nombre curioso para un ente público que aparece siempre envuelto únicamente en la bandera del feminismo y del que bien podríamos hablar largo y tendido en otro artículo).

Por poner algún dato basta decir que en Andalucía existen ya más de 2000 asociaciones y federaciones feministas. Una cantidad que, al igual que en resto del país, sigue aumentando cada día y que hace tarea imposible cuantificar ya su número en el conjunto de España. Ni que decir tiene que muchas de ellas están debidamente subvencionadas con fondos públicos a cargo de los Presupuestos Generales de Estado.

Todo lo anterior no resta argumentos para afirmar con toda rotundidad que la lucha del feminismo por sus derechos en muchos casos no esté más que justificada. Todo lo contrario: Estoy seguro que aún les queda mucho camino por recorrer para su consecución.

Sin embargo, la pregunta en este caso es: ¿Por qué las reivindicaciones de muchos hombres - padres también, la mayoría – son causa perdida por méritos propios? ¿Cuál es entonces el problema?

A priori, la respuesta parece tan simple como desalentadora: Para ello es imprescindible partir de la base de la diferencia de actitudes entre hombres y mujeres a la hora de afrontar esta “lucha”. Lo cierto - y aunque lo que voy a escribir pueda levantar polémica - es que no queda otra que admitir que la mujer es, de largo, mucho más activa, participativa, belicosa y solidaria que el hombre. Ya sabemos que la Plataforma Feminista está integrada por miles de asociaciones y federaciones (unas más

radicales y otras más cabales, pero para el tema que tratamos esa distinción nos importa un bledo). También conocemos que, en ciertos temas de gran calado social, las relaciones entre unas y otras pueden ser incluso hasta equidistantes (la aprobación de la nueva Ley LGTBI es un claro ejemplo de ello). Sin embargo, las mujeres, a diferencia de los hombres, cuando tienen que salir a la calle a reclamar sus reivindicaciones lo hacen todas juntas, en bloque, sin fisuras y con un objetivo común. Forman una autentica muro sin grieta alguna y con un propósito unitario, lo cual, como no podría ser de otra manera, es tan remarcable como digno de encomio.

¿Qué pasa con el hombre en estas tesituras? Pues, para su desgracia, podríamos decir que todo lo contrario. El hombre en estos temas se comporta como un “lobo solitario”, un “justiciero” casi tan interesado como egoísta. Al hombre, por norma general, le interesa casi únicamente su problema personal y se olvida por completo del interés general. Acude a donde fuere con su divorcio tormentoso por bandera, con su triste problemática con la custodia de sus hijos, con las denuncias (falsas o no) que le ha interpuesto su ex-pareja...En fin, resumiendo: Que su única “muletilla” es un “¿Y cómo va lo mío?” y no un “¿Cómo puedo ayudar para luchar por esto?”.

De esta forma vemos que si mi problema es el régimen de visitas, no me hablen entonces de Custodias o de violencias, por favor. No me interesan en absoluto. Si mi agravio viene de las pensiones compensatorias o de alimentos, no me aburran con el tema de las denuncias ¿A mí qué me importan? Si me denuncian falsamente quiero ayuda urgente, pero qué diantres me cuentan de pensiones o demás “milongas”.

“Dame información, dame contactos, dame visibilidad, que lo mío es muy grave”, te dicen, para luego, con esa preciosa información y trabajo ajeno, montar “cruzadas” que sólo persiguen fines personales, repartiendo a diestro y siniestro las “navajadas en callejones oscuros” y las “puñaladas tras las

cortinas”, tan típicas de esta España nuestra desde tiempos antiguos.

“Yo quiero colaborar, yo quiero ayudar, cuenta conmigo para lo que sea” repiten invariablemente para luego desaparecer dejando implícito un desalentador *“si te vi no me acuerdo”*.

“Ayúdenme y déjenme luego en paz que hoy hay futbol y además tengo mucho lío” es lo que quieren decir en realidad y así hasta el infinito y más allá, todo ello en un ejercicio de insolidaridad y cortedad de miras digno de estudio.

- *“¿Y cómo va lo mío?”* –Esa es la lastimosa, repetitiva y frustrante pregunta con la que se encuentran a diario tanto las diversas asociaciones o federaciones compuestas por hombres únicamente como también las que incluyen a hombres y mujeres, y en cuyos estatutos figuran unos objetivos de interés común y general más que urgentes y necesarios.

Mientras las asociaciones exclusivamente feministas dan pasos de gigante en sus propósitos, el resto se mueven a cámara lenta hundidos en el fango del desánimo y la desilusión, entorpecidos por un sinfín de *“¿Y cómo va lo mío?”*. Un panorama terrible y triste pero una realidad al fin y al cabo.

No se quejen Uds entonces de que el feminismo radical - y el de verdad también - haya adelantado por la derecha a los hombres y éstos se queden cada día más atrás, por muy sangrantes e injustos que sean sus problemas particulares. Todo lo descrito es lo es que les ha llevado ahí sin remedio. El asociacionismo y el individualismo son conceptos diametralmente opuestos y aunque egoístamente se pretenda encajarlos con calzador, *“lo que no se puede, no se puede...y además es imposible”*

Así pues, si lo que realmente se pretende es que el trabajo solidario, desinteresado y constante de muchas personas quedé en nada, ya saben Uds, tan sólo tienen que recurrir como un mantra a la misma pregunta:

¿Y cómo va lo mío? -

